



Como los anteriores y los posteriores, el siglo XVII fue frecuentemente sacudido por revueltas populares, entre las que destacaron las campesinas. La incesante explotación del labrador como sujeto de tributos o soldado forzoso en las guerras —las tristemente famosas «levas», mostrada aquí una de ellas por un grabado francés—, fue la causa directa de su rebeldía.

Campesinos rebeldes

Adeline Rucquoi

AL grito de «¡Visca la Terra!» se levantaron los campesinos de Cataluña en 1688, llegando a sitiar Barcelona al año siguiente y a enviar cartas a los pueblos con la firma de «La Tierra» o «Ejército de la Tierra». Este levantamiento rural en el Principado no fue un caso aislado, ni en la historia de España ni en la de los demás países, europeos o no. El siglo XVII, como los anteriores y los posteriores, fue frecuentemente sacudido por revueltas populares, entre las que destacaron las campesinas.

AUNQUE sepamos o supongamos que los campesinos jugaron siempre un papel importante en las luchas sociales, nuestros conocimientos acerca de esta participación y de las formas que pudo revestir suelen ser más que escasos. En nuestra época «industrializada», se llega incluso a reservar al obrero (de la industria) el papel dominante

—si no exclusivo— en los movimientos revolucionarios; el campesinado aparece como una masa indeferenciada, inculta, torpe, y hasta tradicionalmente reaccionaria. Sin embargo, hasta el siglo XIX en Europa occidental y más tarde en numerosos países, no se desarrolló el capitalismo industrial. La gran mayoría de la población —alrededor de un 70 u 80 por 100—

se dedicaba en parte o exclusivamente a la agricultura, una agricultura poco tecnificada en general. Y las grandes revoluciones del siglo XX, la rusa y la china, se hicieron en países mayoritariamente agrícolas. Esto, sin mencionar las comunas anarquistas que florecieron en los campos de Cataluña y Andalucía en 1936, bastaría para invalidar el prejuicio común acerca del tradicionalismo reaccionario rural.

En un estudio dedicado a la historia de los movimientos sociales, conviene entonces preguntarse cuál fue la participación de esa gran mayoría campesina en las luchas, cuáles fueron sus reivindicaciones particulares, su organización, sus programas, sus jefes, y cuál fue la suerte final de sus levantamientos. Tal es, en sus grandes líneas, el tema del libro que dedica el profesor **Roland Mousnier a los campesinos en las revueltas del siglo XVII, particularmente en Francia, Rusia y China** (1).

El siglo XVII, si es el siglo de la decadencia española, es también el siglo de Versalles y de los «jardines a la francesa», el siglo de Rembrandt y de Velázquez, del arte barroco, de Descartes, Newton y Leibnitz. Siglo fecundo en cuanto atañe a la cultura y al arte. Esa brillantez y ese lustre no pasaron, sin embargo, del ámbito cultural e intelectual. Porque el siglo XVII, en su realidad cotidiana, fue un siglo de miseria, de catástrofes naturales, de hambres y epidemias, de guerras civiles e internacionales incesantes. En Europa occidental —tanto en Francia como en España, Inglaterra o Alemania—, en Rusia, en China e incluso en los dominios españoles de América, se da esta situación, y quien más la sufre es el campesinado. Las catástrofes naturales producidas en todas partes —heladas, lluvias torrenciales, sequías, plagas de langosta, inundaciones— arruinan una economía agrícola cuyos métodos técnicos y rendimientos no han variado sensiblemente desde la «revolución industrial medieval» del siglo XIII. Las guerras que mantienen los Estados nacionales en formación, el paso de los soldados, la necesidad de alojar y alimentar a las tropas, se vuelven intolerables. Cuando llega finalmente el recaudador de los impuestos reales o imperiales, estalla la revuelta.

Roland Mousnier divide su obra en tres grandes partes, dedicadas respectivamente a tres revueltas campesinas en Francia —la de los «Croquants», en 1636; la de los «Nu-Pieds», en 1639; la del «papel sellado» o de los «Torre-

(1) Roland Mousnier: **Furores campesinos. Los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)**. Siglo XXI de España Editores. Colección Historia de los Movimientos Sociales. Madrid, 1976.

bén», en 1675—; a dos revueltas rusas —la del «falso Dimitri», que duró de 1604 a 1613, también llamada «Epoca de los Disturbios»; y la del cosaco Stenka Razin, en 1670-71—; y a una revuelta china que acabó, en 1644, con la dinastía Ming. Antes de detallar cada uno de los movimientos revolucionarios, el autor dedica un capítulo a la situación social y económica del país en cuestión. Finalmente, la última parte del libro consta de una conclusión general en la que se ponen de relieve las semejanzas y divergencias notables en todos esos levantamientos, proponiéndose una hipótesis de explicación.

Cuando se sublevaron los campesinos franceses, lo hacen dentro de un marco estructural muy diferente del de los campesinos rusos o chinos de la misma época. Las estructuras sociales de Francia son las de una sociedad jerarquizada en «órdenes» y «estados», producto de numerosos siglos de Historia. Los «órdenes» corresponderían a una división «vertical» de la sociedad, mientras que los «estados» serían una división «horizontal», más cercana a nuestro concepto actual de «clase» fundamentado en lo económico. La supremacía del «orden» no-

Roland Mousnier
Furores campesinos
Los campesinos en
las revueltas del siglo XVII
(Francia, Rusia, China)



XI
siglo
veintiuno
de España
editores
s.a.

HISTORIA DE
LOS MOVIMIENTOS
SOCIALES

En el libro «Furores campesinos. Los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)» —cuya portada reproducimos—, el profesor Roland Mousnier investiga sobre un tema tan escasamente analizado todavía como el de estas rebeliones producidas en el medio agrícola.

ble en la Francia del antiguo régimen denota la importancia tradicional concedida al ejercicio de las armas, que no sólo genera una dignidad socialmente reconocida, sino también la posesión de la tierra en muchos casos y el disfrute de ciertos derechos, jurídicos o monetarios. En la parte opuesta y más baja de la escala social, se encuentra el que trabaja la tierra, el labrador.

La formación estructural de Rusia en el siglo XVII responde a una evolución histórica diferente. Se trata de un inmenso territorio, cuya población, fluctuante, tiende a menudo a escaparse hacia las franjas fronterizas del sur para unirse a los «cosacos», caballeros «libres», nómadas o seminómadas, dedicados a las incursiones guerreras y al pillaje, y que viven en una sociedad igualitaria —o «democrática»— basada en elecciones y asambleas generales. A partir del final de la «Epoca de los Disturbios», de principios de siglo, la nueva dinastía de los Romanov emprende la lucha contra la movilidad geográfica y social que caracterizaba la sociedad rusa; aparece entonces la servidumbre. El Estado centralizador y absolutista que se instaura, fija las divisiones tradicionales de la sociedad en grados de servicio: el servicio del Estado confiere la nobleza y la posesión de la tierra.

Las revueltas chinas, contemporáneas de las que conmovieron a Europa y a Rusia, se desarrollaron dentro de un marco semejante a los anteriores —un Estado centralizado, una sociedad jerarquizada y burocratizada, una economía mayoritariamente agraria con técnicas rudimentarias—, y a la vez muy diferente. En el imperio chino, la preeminencia la otorga, no el ejercicio de las armas ni el servicio del Estado, sino el trabajo intelectual por encima de cualquier otro trabajo u oficio. Ello

origina una gran movilidad social, tanto ascendente como descendente: al fundamentarse en la capacidad intelectual del individuo, la sociedad china facilita —en teoría— que un campesino pueda acceder a los niveles más elevados y entrar en un orden privilegiado, mientras que el hijo de uno de esos «mandarines», menos dotado, vuelva a los escalones bajos de la sociedad. La filosofía confucianista, por su parte, al basarse en la periodicidad de los fenómenos, en las fases cíclicas, en la alternancia de lo positivo y de lo negativo, del principio masculino y del femenino, en unos eternos retornos que garantizan el Orden del Universo crea una mentalidad particular: cuando desaparece el Orden y aparece el Desorden —crisis política, corrupción y mala administración, tanto como plagas o catástrofes naturales—, el pueblo debe rebelarse contra el emperador y encargar a otro la custodia del Orden. Estas estructuras sociales y mentales son imprescindibles para comprender las revueltas chinas y sus caracteres peculiares.

En la práctica, la economía y la riqueza de Francia, de Rusia o de China descansan sobre los hombros del campesino, cuyo trabajo no le procura ningún privilegio, ninguna dignidad, ni riquezas ni siquiera estima social. Es significativo el gran número de «bandidos» que mencionan las Historias oficiales de cada país, bandidos organizados y que cuentan muchas veces con el apoyo abierto o tácito de la población rural; algunos de ellos llegan incluso a ser considerados como verdaderos héroes. Cuando, a las estructuras sociales que desfavorecen sistemáticamente al labrador, se suman las diversas calamidades atmosféricas sufridas por el siglo XVII —que provocan seguidamente la escasez, el hambre y las epidemias— y un estado bélico casi endémico, en-

Pese a no encontrarse entre sus objetivos, los disturbios campesinos que se originan en Rusia durante el siglo XVII sirven para reforzar el Estado absolutista de la dinastía de los Romanov. (En la estampa adjunta, el rebelde Steñka Rasín es conducido al patíbulo para ser ejecutado).





Para comprender las revueltas de China, es preciso relacionarlas con las estructuras sociales y mentales de esta sociedad, muy distintas de las francesas o rusas. Vemos un ofrecimiento de caballos al emperador Ch'ien-Lung como tributo marcado al pueblo de los kirguises.

tonces se encuentran reunidas todas las condiciones necesarias para que se subleven los campesinos. La rebelión ya no espera más que una oportunidad para estallar; ésta suele ser la recaudación del impuesto o la creación de uno nuevo —causa directa que encontramos en el origen de la inmensa mayoría de los levantamientos populares conocidos.

Ahora bien, los campesinos se levantan y se rebelan, pero —escribe Roland Mousnier— «las revueltas campesinas no son aisladas. Los campesinos se levantan junto con y después de muchos otros». Y, de hecho, tanto en la iniciativa como en el mando de las grandes sublevaciones campesinas del siglo XVII se encuentran inevitablemente unos «líderes» que no son campesinos: gentilhombres de pequeña nobleza o modestos funcionarios reales en Francia, un falso «zar» o un aventurero cosaco en Rusia, unos jefes de bandidos en China... Quizá sea de lamentar, entonces, que el autor se haya ceñido estrictamente a la parte desempeñada por los campesinos, sin establecer y aclarar las imprescindibles correlaciones con los demás movimientos insurreccionales contemporáneos, en particular con los de las ciudades. Asimismo, resulta notable la heterogeneidad de los sublevados: párrocos y pequeños nobles rurales al lado de los labradores, en Francia; vagabundos, fugitivos, artesanos miserables, clérigos o monjes y campesinos, luchando con soldados regulares o cosacos, en Rusia; bandidos, campesinos, y hasta oficiales y letrados, unidos por el sentimiento de que se necesitaba un cambio dinástico, en China.

Si los campesinos no se rebelan solos, ¿existe por lo menos un «programa», unas reivindicaciones específicas de la población rural que son reveladoras de su toma de conciencia y de sus deseos de cambio? A primera vista, el panorama es bastante desolador: «A los campesinos, la mayoría analfabetos, les faltó una ideología política y social (...)», afirma Roland Mousnier, que añade, tras mencionar el peso de «la idea de la omnipotencia de la costumbre» y el freno que supuso —en Francia y en Rusia— el cristianismo, que los campesinos no eran revolucionarios. De hecho, cuando los labradores franceses expresan sus deseos, protestan —«contestan», diríamos ahora— contra las novedades y reivindican las antiguas costumbres; no atacan ni el régimen político o señorial, ni la jerarquía religiosa, ni las estructuras sociales, ni siquiera —con la única excepción de los Bretones de 1675— el modo de propiedad del suelo. En el caso ruso, o la masa rural no tiene programa propio —el «programa» de 1670, por muy interesante que sea, no es un programa campesino sino cosaco—, o bien proclama su fidelidad al zar y pide la vuelta a las antiguas libertades y buenas costumbres. En China, debido a su filosofía particular, es notable que los dos mayores jefes, Li-Tzu-Cheng y Chan-Hsien-Chung, adapten su comportamiento y sus objetivos a ganarse la confianza del pueblo y a ser reconocidos como verdaderos «hijos del Cielo» en sustitución del emperador. En este caso, la participación de los labradores en las insurrecciones no obedece a un planteamiento revolucionario: ellos ayudaron a la caída de la dinastía Ming,

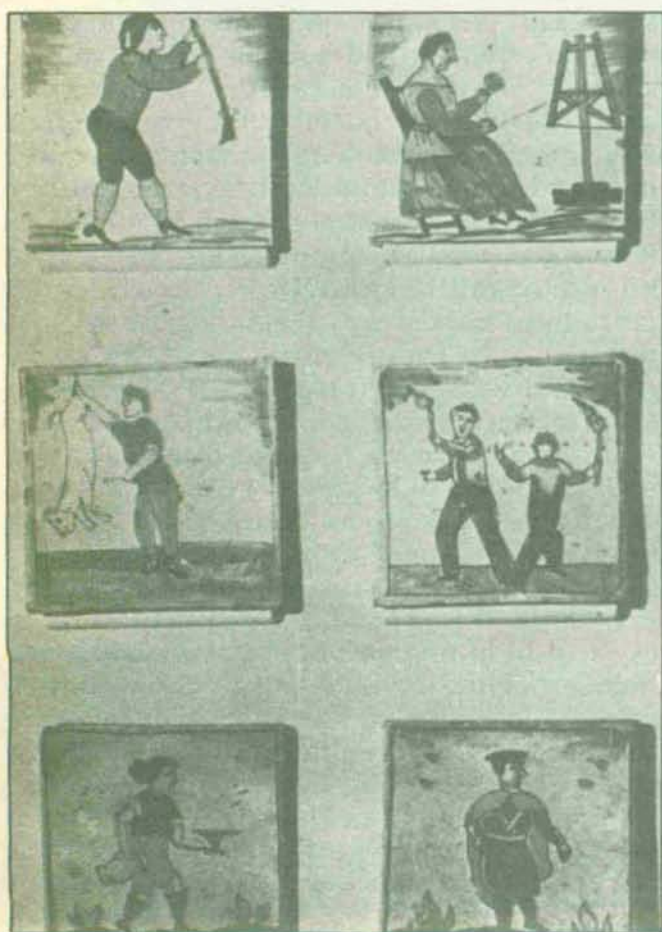
pero como cambio natural, necesario, dentro de la sucesión cíclica que marca el pensamiento chino.

Exceptuando, pues, el caso de China, conviene —sin embargo— plantear una pregunta: cuando la situación social y económica del campesino empeora, cuando se restringe su libertad por medio de una administración, unas leyes y una imposición fiscal, el deseo de volver atrás, el reclamar el pasado como símbolo de libertad, ¿se puede considerar como una actitud «reaccionaria»? Dando a la palabra «revolución» su sentido de «cambio brusco y violento en la política y el gobierno de un Estado», la falta de ideología propiamente «revolucionaria» en la masa campesina se explica por diversos factores. En primer lugar, los mismos esquemas mentales de la época, quizá por falta de madurez histórica, impedían imaginar cualquier transformación profunda de lo existente. En segundo lugar, la manipulación de que fueron objeto los campesinos por parte de unos líderes o «ideólogos» no campesinos, sino oriundos de otro grupo social, hizo que lucharan con fines no específicamente propios y rurales. En Francia, los movimientos sociales del siglo XVII parecen

ser una especie de «ensayo general» para la revolución que, un siglo más tarde, en 1789, llevará al poder a la burguesía. En Rusia, los disturbios sirven para reforzar el Estado absolutista de los Romanov. En China, una vez cumplida la «misión» de participar en el cambio necesario, los campesinos vuelven a su condición primera. Enfocando así el problema de las revueltas campesinas del siglo XVII, vemos que el motivo fundamental que empujó a los campesinos a rebelarse no se encuentra probablemente en una reacción frente al Estado centralizador, explicación ésta que propone el profesor Mousnier. O, si se encuentra, no puede ser sino a nivel inconsciente. En el siglo XVII la reacción consciente antiestatal se fomenta a nivel de las clases sociales más altas. El labrador se subleva cuando la opresión que pesa sobre él —tanto administrativa como atmosférica— se hace insoportable. Los levantamientos campesinos no son revoluciones, son revueltas.

Y, como tales revueltas, están condenadas al fracaso. Aquí se plantea —finalmente— el problema de la represión de estos movimientos y de sus consecuencias. Resultaría tan imprescindible estudiar el tema de la represión —sus autores, su objetivo, sus métodos, sus víctimas, las modificaciones sufridas a lo largo de varios siglos de Historia—, como el de los propios levantamientos. Cada uno de los capítulos que forman el cuerpo de la obra de Roland Mousnier termina en una constatación de fracaso: «Y todo parece haber vuelto al mismo estado que antes» (en Francia); «No cambió en nada la evolución» (en Rusia); «Todo ocurrió (...) como si los levantamientos de la primera mitad del siglo no hubieran tenido lugar» (en China)... Sin embargo, la Historia enseña que las insurrecciones no se olvidan, ni por parte de sus autores ni por parte de aquellos que las combatieron y aplastaron. A las luchas campesinas les faltó una ideología propia, basada en una verdadera conciencia de clase y en unos intereses comunes. En el siglo XVII, la masa rural sirvió de masa de maniobra en unos conflictos que no le interesaban, o escasamente. En este sentido, resulta quizá arriesgado el separar los movimientos del campesinado de las demás luchas contemporáneas para estudiarlos aparte.

En todo caso, el libro del profesor Mousnier aporta una válida y documentada contribución al conocimiento de los antagonismos sociales, aunque quede todavía —como él mismo subraya— mucho por investigar sobre el panorama y significación de los levantamientos de la Edad Moderna, en su conjunto y en sus detalles ■ A. R.



Al grito de «¡Visca la Terra!», los campesinos de Cataluña se sublevaron en 1688, llegando a sitiar Barcelona al año siguiente, mientras enviaban cartas a los pueblos con la firma de «La Tierra» o «Ejército de la Tierra». (Sobre estas líneas, azulejos catalanes representando diversos oficios).